

midas sustanciosas, comia poco y bebía mucho, y que al cabo había de dar conmigo en el hospital ó en la sepultura. Pero yo me hacía sordo, y callaba y sorbía. Empezó á pasar la nueva de que su majestad estaba ya á las puertas de la ciudad, y queriendo ir á verle y á gozar de tan excelsa entrada, no me pude menear de la parte adonde estaba asentado, por hallarme tan tullido de manos y piés, que no era señor de mí. Fuéronse mis camaradas contentos de que por no haber tomado sus consejos había salido verdadera su profecía, y cumpliésele el deseo á la tabernera de tenerme siempre en su casa. Pero le duró mucho la alegría, porque dentro de quince dias di fin al corto caudal; y así que olió mi pobreza, me dijo que buscara posada, porque no quería tener enfermos en la suya. Anduvo tan bizarra conmigo, que aun no, me quiso hacer crédito de una taza de vino, quizá por solicitar mi salud, habiéndomelas dado de diez en diez cuando estaba mucho peor y tenía con que pagárselas; mas al cabo y la postre cada uno acude á quien es.

Habíanme dicho mis camaradas cómo en la jornada había venido acompañando á su majestad el marqués de Grana y Carreta, embajador ordinario de la majestad cesárea, cuya nueva me alentó de manera, que viéndome forzado de la necesidad y de la falta de salud, le fui á visitar, y por estar satisfecho que en aquel señor había de hallar todo socorro y amparo, por ser muy generoso y muy amigo de mi amo, á quien yo había conocido en la batalla de Tionvila, siendo general de la artillería de la armada imperial, que gobernaba el Duque, mi señor; el cual, así que me vió pendiente de dos muletas, admirándose de hallarme en tan miserable estado, usando de su grandeza y piedad, me admitió en su casa, mandando á sus criados que se me acudiese y regalase con todo lo que yo pidiera. Dióme además de estas mercedes una libranza de muy gentiles reales, con que quedé libre de necesidad. Tuve además de esta suerte otra no menor que ella; y fué que teniendo noticia de la grave enfermedad que tenía don Francisco Totavila, maestro de campo general, y su hermano don Vicente Totavila, á quien yo había conocido en Flándes siendo capitán de corazas, haciendo alarde de señores liberales y de ilustres caballeros napolitanos, vinieron por mí en una carroza, movidos de compasión, y llevándome á su casa, me dieron una cantidad de doblas para que me pusiese en cura; que no es poca grandeza en el siglo que corre que haya señores que den sin pedir, y mas en tiempo que estimaba yo mas un real que ahora un doblon; porque entonces me hallaba tullido y desacomodado, y al presente me hallo con salud, y con ella adquirero lo que he menester y mas de lo que yo merezco. Viéndome entonces favorecido de tantos señores y la bolsa en buen estado, consulté mi enfermedad con el licenciado Estanca, cirujano de opinion, ciencia y experiencia, y con el doctor Tamayo, cirujano de su majestad, los cuales me condenaron á ser gato de algalia y caballo de juego de cañas: y por ver si me podia librar de tener penas de in-

fierno en vida, me ponía todos los dias á la puerta de la calle de la casa del Marqués, adonde, como tengo dicho, era mi asilo y habitacion, y á cuantos doctores pasaban; malos ó buenos, de fama ó sin ella, les quitaba el sombrero hasta el suelo, no tanto por el grado como por haberlos menester, y á todos contaba la llaga y la plaga, y les ofrecia montes de oro, y á ninguno daba nada; porque del prometer al cumplir hay muchas leguas de distancia, y mi oficio es de recibir, y no de dar. Decíanme todos: Estebanillo, si quieres vivir, no bebas, que era lo mismo que decirme cáete muerto; y el vino que hasta aquí has despéñado por los conductos de la garganta, es menester que salga alambicado por todo el cuerpo, en agua convertido. Viendo que todos se conformaban en una misma tosa, me determiné, con el refugio de los señores que me favorecian, á irme al hospital á tomar una docena de sudores y dos unciones particulares. Recibieronme con gran voluntad, por tener un loco mas en aquella santa casa; y tratándome como alma condenada, me abochornaban los tuétanos, y me escaldaban las pajarrillas, estando siempre como el rico avariento, carleando con un palmo de lengua fuera de la boca, pidiendo á aquellos benditos Lázaros una gota de vino, acotándoles con las obras de misericordia; pero ellos me decían que con la paciencia se alcanzaba la gloria, y que lo que había pecado por carta de mas, era necesario que lo purgase con carta de menos. Y despues de haber hecho mi cuerpo una docena de veces sopa abahada, me dieron las dos unciones para que aprendiese á ser mula de doctor babeando todo el dia. Viéndome tan atormentado y afligido delante de los enfermeros y de otros muchos testigos, hice en alta voz juramento solemne de no beber mas vino, pues por su causa había llegado á verme como me veía y á padecer lo que estaba padeciendo. Pero arrepentido del gran disparate que hacia de quererme privar de aquello que mas estimaba y de intentar apartarme de lo que mas quería, al mismo punto que acabé de hacer voto, le añadí una alforza diciendo en voz baja: Hasta que salga del hospital. Y con haberle acertado el plazo al juramento, aun lo vine á quebrantar, pues en el rigor y fiereza de la salida de los sudores y entrada en las unciones, obligué con ruegos á mis camaradas á que me trajeran lo que me ayudó mas á echar espumas y lo que me alargó mas la enfermedad, porque mas gustaba de morir bebiendo que vivir sin beber. Habían venido acompañando la corte algunos poetas de los de nombre y fama, y uno de ellos que tenía noticia de mi persona, y aun unos mendrugos de celos sobre una ninfa á quien festejaba, que por su agudeza y brio la llaman la Coscolina, quizá á pedimento de ella ó por venganza de él, me compuso la glosa siguiente:

*Tomando estaba sudores
Marica en el hospital,
Que el tomar era costumbre,
Y el remedio era el sudar.*

El remedio del gracejo, Que al olor de una sardina,
Galan de la Coscolina, Da fin á un tonel de añejo,

*Por curtir bien su pellejo,
Que está lleno de vapores,
Sin que le valgan sus flores,
Ni aproveche su cocaina,
Hoy en la corte de España
Tomando estaba sudores.
De suerte se vió afligido,
Como le falta la nieve,
Que llora lo que no bebe,
Mas no por lo que ha bebido:
La sed lo tiene rendido,
Y en faltándole el bocal,
Es incurable su mal;
Pues de suerte se entristece,
Que, hecho lágrimas, parece
Marica en el hospital.
No da al viento exclamaciones,
Siendo sus ansias atroces;*

*Pues por no dar, no da voces,
Y por tomar, toma unciones:
Por pedir, pide á montones,
Y toma sin pesadumbre
Una azumbre y otra azumbre;
Y así pide por merced
Que le remedien su sed,
Que el tomar era costumbre.
Siendo un tiempo bachiller,
Hoy está en eterna muda,
Y lo que ha bebido suda,
Y trasuda por beber:
Por dar al cuerpo placer,
Trata ya de se afufar,
Por salir á refrescar,
Diciendo que es mejor medio
El beber para el remedio,
Y el remedio era el sudar.*

Despues de haber estado mas de dos meses en el hospital, salí de él sano de piés y manos; pero las piernas como hueso, y el cuerpo como espárrago, y la voz como tiple de capilla, y con orden de que hiciese cuarenta dias de dieta, la cual cumplí de manera, que antes de pasar las cuarenta horas, había ya bebido mas de cuatrocientas, comiendo en casa del Embajador cuanto me daban, y comprando en las plazas cuanto apetecía; de suerte que me trataba como sano, echando seis higas al doctor, y doce al cirujano, y cien bendiciones al varon santo que descubrió el sarmiento, y doscientas á los que las plantan y benefician. Sentí infinito el no hallar en la corte los dos hermanos Totavilas, y estuve harto pesaroso cuando me dijeron que estaban en campaña, por faltarne á la convalecencia tan buen amparo. Dióme capricho, porque no se me apollillaran las dos vestidos que me dió el rey de Polonia, de vestirme á lo polaco, por llevarme tras mí los ojos del vulgo y por ser conocido con mas brevedad. Salime en este traje á pasear todos los dias con una mulletilla, á lo de príncipe ó privado, extrañando de tal manera el traje toda la ciudad, que sus oficiales dejaban sus acostumbradas ocupaciones por salir á verme á las puertas, por tener que reir y fisgar, las damas su labor por asomarse á las ventanas á hacer burla y donaire de mí; y los muchachos, olvidados de los mandados á que iban, me cercaban y seguían, y aun á veces me querian apedrear. Uno decían que era judío, otros que japon, otros que turco; y yo callaba y oreaba, porque aquel que deja su traje se pone á cualquier censura.

Había hecho el amor, antes de haberme tullido, á una dama de mantellina y de chinela con liston, gobernanta de la cocina; y llavera de la despensa, compradora del sustento, moza de cántaro, y lavandera del rio, á quien ya he dicho que llamaban por mal nombre la Coscolina; y por vivir en frente de la taberna de los dos vinos, adonde yo cargué como nube, y no de agua, para llover en la region de fuego del hospital, tuve lugar para verla, hablarla y regalarla. Y como al tiempo que ella me mostraba amor, y daba con algunas finezas señales de agradecida, caí malo, y me ausenté de su barrio á ponerme en cura, se suspendió la comunicacion, y quedó mi pretension en cierne; mas como las de aquella raza son el símbolo del amor

y el desprecio del interés, sin reparar en dimes ni di-retes, me hizo, sin ser doctor, media docena de visitas, dejándome siempre debajo de las almohadas muy lindos papelones de confituras. Por no parecer ingrato á tanto favor, la fui á buscar un sábado en la tarde á la carniceria principal; y encontrándola al salir de ella y llegándome á hablar, como solia otras veces, se espantó tanto de verme en aquel hábito y se corrió de tal suerte, por verse detener delante de tanta gente, que encendida de cólera y llena de vergüenza, se abajó al suelo, y tomando una piedra, que podia servir de pesa de reloj, me la tiró con tal suavidad y blandura, que á no retirar la cabeza, me la hiciera pedazos, y diciendo: Al loco, muchachos, se fué con la mayor brevedad que pudo. Los muchachos por obedecerla empezaron á darme mil voces, repitiendo: Guarda el loco, guarda el loco, cargándose de piedras y de tronchos de coles. Y tengo por cosa cierta que á no pasar á esta ocasion el Embajador, que me metió en su carroza y me llevó á su casa, que venia á ser uno de los innumerables mártires de Zaragoza, aunque dudoso el premio de mi martirio.

Fuí otro dia á hablar á su majestad, con mil temores de llegarme á poner delante de tal soberanía, pues cuando vi los rayos de su grandeza y consideré las fuerzas de su poder, eché de ver que los demás poderios opuestos á los giros de luz son vapores ó exhalaciones abortadas de la tierra, cuya ambicion las ha congelado en nubes, y cuya envidia y golpes de la fortuna han solicitado oscurecer su claridad y suspender el curso de su luciente carrera, sin advertir ni considerar que al cabo ha de permanecer por su sol, y al fin ha de deshacer, consumir y abrasar los mas altivos y remontados vapores y las mas gruesas y preñadas nubes. Presentéle los papeles de los servicios que había hecho siendo correo, la letra de favor de la imperatriz María, y las fes que llevaba de haber sido criado de su alteza serenísima el infante don Fernando, pidiéndole en recompensa el poder tener una casa de conversacion y juego de naipes en la ciudad de Nápoles; la cual, no solamente me dió por merced particular y provision en forma, pero de mas á mas, carta para el almirante de Castilla, virey de aquel reino, para que me amparara y favoreciera, que solamente se puede clamar feliz y bienaventurado el que sirve á tan gran monarca, pues él solo es el que premia y el que tiene con que poder premiar; y aquel que en su servicio no avanza, culpe á su corta suerte, y no á la grandeza de este poderoso Alejandro. Yo quedé tan ufano y tan agradecido de ver que un refulgente Apolo y un leon coronado se acordase de remunerar servicios tan inútiles y hechos por tan humilde sabandija, que á no saber que mi madre me había parido en Salvatierra de Galicia, reino que me ha honrado en poderme nombrar su leal vasallo, me hubiera, al mismo punto que recibí la merced, partido por la posta á Roma, y sacado su esqueleto de la tumba adonde yace, y trayéndolo lleno de paja, como caiman indiano, en lle-

gando con él al primer puerto de cualquiera de sus reinos, lo vaciara y me zampara de nuevo en su vientre, aunque estuviera en él en cuclillas, y la obligara á que me volviera á parir vasallo de tal deidad. Que si supieran bien los que lo son, el rey que tienen y las mercedes y honras que cada instante les hace, le servirían de rodillas; pues siempre las pregona la fama, las publican las historias, y las envidian los reinos extranjeros. Hallándome ya despachado y tan á medida de mi deseo, me fui á despedir del conde de Monterey y de don Luis de Haro, grandes de España, y grandes en valor y grandeza, amparo de todos los pretendientes; los cuales, demás de haberme favorecido en mi pretension y en la brevedad del despacho, me dieron dos cartas de favor para el dicho Virey, suplicándole que por ningún impedimento se me dilatase la real merced; que el ser señores no consiste en la nobleza del solar ni en la grandeza del título, sino en dar muestras de serlo, ayudando á los desvalidos y favoreciendo á los que poco pueden, y honrando generalmente á todos; que para no hacer esto, poco me importa á mí ni á nadie que sean grandes ó que sean pequeños. Dióme asimismo el marqués de Grana, demás de las mercedes que me había hecho, una carta para el virey de Navarra y cincuenta ducados para el camino, y treinta don Francisco Toralta, maestro de campo general reformado y gobernador de Tarragona. No me atreví á irme á despedir de tantos duques, marqueses y condes como había en aquella corte, por haber sido causa mi enfermedad de no haber tenido dicha de haberlos comunicado. Y estando con algún reposo aguardando á partir con comodidad y compañía, me envió á llamar mi conocida tabernera, la cual, pensando que me hacía una lisonja, me dió un billete muy cerrado, diciéndome que se lo había dado su vecina, á quien yo tanto había estimado, para que en todo caso lo pusiese en mis manos. Abrílo con harto regocijo, porque aunque me sentía algo agraviado, no dejaba de quererla con todo extremo, el cual decía de aquesta suerte:

«Por pensar que usted era soldado, me incliné á su persona, porque como tengo algo de Vénus, soy aficionada de los que siguen á Marte. Y aunque le vi que asistía mas al ramo de una taberna que no á la bandera del cuerpo de guardia, no por eso lo desestimé, porque jamás tuve por valiente al que pasa por plaza de aguado; pero cuando llegué á verlo con bonete turco y sayo de loco, quedé tan corrida y avergonzada de haber empleado tan mal mis finezas y de haber puesto en tan humilde sugeto mi amor, que quise vengarme á pedradas en la causa, por haber sido engañada en la materia. Y así usted, perdonando el atrevimiento, ponga mi amor en eterno olvido, y enamore de hoy mas á las que fueren polacas; ó mudando de traje, podrá ser que yo mudé de parecer. — Su menor criada, y un tiempo su mayor aficionada.»

Quedé tan enamorado de oír el billete, como picado de haberla visto apedrearme con dos mil donaires, tanto, que estuve resuelto á suspender el viaje y á mudar

de vestido; pero por no resfriarme y por temer que dama que se llamaba Coscolina se me había de acoger como cañamar, me salí al mismo punto de Zaragoza, y tomé el derecho rumbo de San Sebastian, para pasar en la primera embarcacion que hallase á los estados de Flándes á buscar á mi amo y señor, para agradecerle el bien y regalo que en su casa había recibido y las mercedes y honras que por su respeto me habían hecho; y despues con su licencia y voluntad irme á Nápoles á gozar de la merced que su majestad me había hecho, quizá por atención de que era yo su criado y que solo había venido á España en busca suya. Llegué á la ciudad de Tudela, una de las principales de Navarra, adonde me di un verde aceitunado de olorosas frutas y de excelentísimos vinos, llevando ordinariamente un mudo tras mí, por la novedad del traje, haciéndoles creer el mozo de mulas que era un embajador del Transilvano. Pasé á una legua de aquella ciudad el presuroso y soberbio río de Ebro sobre los hombros de una anchurosa y reforzada barca, en la cual compré una gran cesta de anguilas, por ser comida regalada y estimada en toda aquella comarca, las cuales, con los arrieros y pasajeros y mozos de mulas que nos habíamos juntado en el camino, nos las merendamos en una venta á cuatro leguas de Tafalla, bebiéndonos con cada uno, porque no se nos pegase al estómago, una azumbre de vino, mas helado que si fuera deshecho cristal de los despeñados desperdicios de los nevados Alpes; porque vale tan barata la nieve en aquel país, que no se tiene por buen navarro el que no bebe frio y come caliente. Menudeamos de tal suerte el sabor de las anguilas y á la consolacion de la frescura de la bebida, que á estar mas en la venta de lo que estuvimos, obligábamos al ventero á que bebiera lo que beben los bueyes, hallando cuando entramos en su posada un tonel lleno de lo tinto.

Caminamos al caer el sol y toda la noche, por ser tierra tan cálida, que no se puede andar por ella si no es con mucho riesgo de la salud mientras dura la fuerza del sol. Quiso mi desgracia, por barajarme el gusto que traía de la buena merienda, que á una legua de Tafalla, emparejando con una ermita que está cerca del camino real, ni sé si por ir lleno de sueño, ó por caminar cargado de vino, di una caída de la mula abajo, tan feliz y venturosa, que sin romper la manga de la húngarina polaca, ni la del jubon napolitano, ni la de la camisa española, me hice mil pedazos un brazo, por ser la mula pequeña de cuerpo y el camino llano y arenoso. Quedé el hombre mas contento de este mundo de ver que mi caída no necesitaba de insignia; porque ¿qué mas gusto que en cualquier tiempo digan los que vienen el revolcadero: Aquí cayó un lobo gallego, que no: Aquí mataron á un hombre, rueguen á Dios por él? Lleváronme medio muerto á la villa, y metiéndome en una posada, en lugar de cirujano, pedí que me trajesen de beber para pasar el susto. Trajo el huésped una cantimplora de vino frio, y el mozo de mulas un cirujano caliente; y tratando primero de aplacar mi sed, traté despues de re-

mediar mi brazo. Hallóme con un calenturón temerario; y atribuyéndolo al vino que en su presencia había bebido, dijo que si proseguía con tal desorden, que no tenía que ponerme en cura. Dile palabra de enmendarme y de satisfacerle su trabajo, en virtud de lo cual me curó aquella noche, viniéndome á visitar despues dos veces al día. Coheché de tal manera al huésped, que apenas había dado fin á una cantimplora llena de clarete y nieve, cuando ya estaba otra apercebida y puesta á enfriar. Decíame el cirujano todas las veces que me curaba que echara de ver si había importado el reglarme en la bebida, pues cada día iba mejor. Reimos yo y el huésped, dándole á entender que bebía agua cocida.

Al cabo de quince días me hallé sano y con fuerzas para ponerme en camino. Pagué al huésped; y despues de haber andado muy generoso con el cirujano, le dije que la causa de estar tan fuerte y animoso y haber estado bueno con tanta brevedad era por los milagros que había usado el vino conmigo, por ser yo tan devoto suyo y por haberle tenido siempre á mi cabecera. El me respondió: Lo que á unos mata, á otros sana. Y despidiéndome de los dos y saliéndome aquella mañana de Tafalla, llegué á la tarde á la ciudad de Pamplona, cabeza del reino de Navarra, frontera de Francia. Y queriendo entrar por una de las puertas de sus fuertes y altivos muros, se alborotó de tal manera la guardia que estaba en ella por verme en traje polaco, que me espanto cómo no me dieron una rociada de balazos. Salí un cabo de escuadra con veinte y cinco soldados, y todos con sus armas, á recibirme, mas de guerra que de paz. Hicieronme poner pié en tierra, y cercándome como si fuera enemigo, me preguntaron que de qué nación era, qué oficio ejercía, de dónde venía y dónde iba. Yo, temblando de verme entre tantas picas y arcabuces, despues de haber satisfecho al interrogatorio, les dije que mirasen que era Estebanillo Gonzalez, flor de la jacarandina, criado del duque de Amalfi, y hidalgo muchísimo menos que el Rey; y que para que mas se satisficiesen, les presentaría mi carta de creencia y ejecutoria, protestándoles que me diesen libertad y me levantasen el sitio. Pero no siendo todo esto bastante para ablandar al cabo de escuadra, se determinó de llevarme delante del conde de Oropesa, que era virey de aquel reino, y á quien yo traía las cartas de recomendacion. Llevé tras mí un batallon de gente popular, apellidándome á voces espion. Llegué á palacio con toda esta escolta, y entráronme en el cuarto de su excelencia, habiéndole primero enviado un recado con un paje suyo el cabo de escuadra de que había preso á un esguizaro españolado por sospecha de espia. Llegué á su deseada presencia, por verme libre de aquellos soldados del prendimiento; y despues de haberle hecho un rastreado de cortesías, le di la carta, la cual leyó con mucho agrado; y riéndose de ver con el recato y guardia que me habían traído, le mandó al cabo que se volviese, que aquella espía era de paz. Y despues de haberse entretenido conmigo en saber el largo viaje que había hecho sin haber podido dar un

alcance á mi amo, mandó á su mayordomo que todo el tiempo que me detuviese en aquella ciudad, hasta tener nueva cierta de embarcacion, que me diese ocho reales de racion cada día, que de presente hay racionero de la capilla real de Granada que hubiera trocado su racion por la mia. Hallábame siempre á su mesa, adonde saliendo siempre tripa horra, daba sepultura á los mejicanos. Venian todas las noches muchos caballeros navarros, y particularmente don Pedro Navarrete, á cortejarle y entretenerle, con quien yo chanceaba bravamente; y despues de venderles bulas sin ser Cuaresma, les contaba las mayores mentiras y embelecos que se pudieran imaginar; y para que no pudiesen comprobarse, acotaba haber sucedido en Alemania y en Polonia. Dábanme allí muy buenos baratos, y en sus casas muy caros y sabrosos claretos.

Bajéme una noche á jugar á las pintas con un acemilero alentado, y encerrándonos los dos en su aposento, que estaba pegado á la caballeriza, á la luz de una torcida, alimentada con aceite, le gané todo cuanto tenía, con tal rigor, que aun no tuvo dicha de que llegase el naípe á su mano; y colérico de su mala suerte ó sentido de la pérdida que había hecho, quitándome de las manos el libro descuadernado, me dió con toda la baraja en mitad de los hocicos: yo, acordándome de las leyes del duelo, por no quedar en nada cargado, aunque siempre lo estaba de vino, le di tal sombrero en las asentaderas de los bigotes, que le dejé aplastadas las narices. Acudió con velocidad á un rincón á tomar su espada, y yo, temeroso de que la hallase y me ahorrase de venir á Flándes, arbolé la luz, y dándole un soberbio candilazo sobre las espaldas, despues de haberlo hecho acemilero manchego, quedó el pobre Estebanillo á oscuras y á puerta cerrada y muerto de miedo; pero díme tan buena maña á palpar la surtida, que primero di con el cerrojo que mi contrario con la tizona. Salíme á lo raso, y amparándome del cuerpo de guardia, llegó en mi seguimiento mi encaudilado acemilero, con cinco palmos de herrusca, tan antigua, que pienso que en su juventud la trajo el Cid en sus alforjas. Opúsose á su impetu un cabo de escuadra, y despues de haberlo desarmado, sin haber tocado á la queda, y de darnos á cada uno media docena de cintarazos, que de esta mercancia suelen los oficiales de ahora ser muy liberales, se hizo sabedor de todo el caso, y trató de hacernos amigos, no queriendo venir en ello mi rascador de mulas hasta tanto que le pagase el menoscabo de la opilla y el valor del candil. Pero yo, dando muestras de príncipe polaco, le di doce reales, de veinte que le había ganado, y llevándolo á él y al cabo de escuadra y á media docena de soldados á la taberna del vino de Zaragoza, que está dentro del mismo palacio, gasté los ocho reales que me quedaban de toda la ganancia, ahogando la penitencia y poniendo en olvido los agravios.

Tuve otro día nueva de que había llegado á San Sebastian la marquesa de Torres en una fragata de Dunquerque, de lo cual di aviso al Virey, y pidiéndole licencia para proseguir mi viaje, me dió á la despedida

un pasaporte y una carta para Onofre Pastor, maestre de campo reformado y gobernador de aquella plaza, para que me hiciese dar embarcacion y una ayuda de costa, como de mano de un grande de España y conde de Oropesa. Sali de la ciudad de Pamplona con una mula y un criado; y despues de haber pasado los confines del reino de Navarra, entré en la provincia de Guipúzcoa, que, aunque es país no barato, es muy regalado y ameno de variedad de arboledas. El segundo dia y postrero de mi viaje, á persuasion del criado, quizá por ir él á caballo, bebí una poca de sidra, por hacer gran calor y decirme que era buena para refrescar, pero apenas la había embasado por mi daño é ignorancia en la cueva de mi barriga, empezó á tener alborotos con el vino que estaba dentro y andar á puñadas el uno con el otro, sintiendo yo, bien contra mi gusto, la batalla y el combate; pero qué menos me podia suceder con bebida cuyo propio nombre es zagardoa, que mal azagaya le tiren al ladron que tal me hizo beber? Al fin, como en muchos reinos y señoríos me han dado emperatrices, reinas y damas de calidad muchas ayudas de costa, en esta provincia la señora doña Zagardoa, marquesa del Real de Manzanares, me honró con hacerme ayuda de cámara y escudero de á pié, pues todo el camino fui á pata con los calzones sueltos y en las manos y haciendo á cada veinte pasos una parada. Llegué, sobre tarde, á San Sebastian, debilitado, lacio y despeado, y para alivio del mal que había padecido, la primer nueva que me dieron fué que la fragata que había venido de Dunquerque se había partido para la Coruña; mas para conmigo todos los duelos con vino son menos, y es el que me mata y da vida. Acudí al remedio, y entrándome en una posada, me trajeron un bizcocho y una azumbre de lo de Rivadavia, el cual, por ser mi paisano, me sosegó la tormenta de la barriga, y fué causa de poderme poner las agujetas. Y sintiéndome un poco mas aliviado, fui á llevar la carta del conde de Oropesa al gobernador de aquella plaza, el cual me dijo que el dia que supiese que había alguna embarcacion para Flándes, que le avisase, que al punto me haria embarcar, y que si se me ofreciese alguna cosa, que acudiese á su casa. Con esto me despedí, y yéndome la vuelta de mi posada á tratar de la convalecencia de mi desgracia, encontré con dos soldados de los Países-Bajos, que me habían conocido en ellos, el uno alferez y el otro sargento, los cuales habían sido prisioneros en la batalla de Rocroy, y se habían huido de la prision, y estaban aguardando pasaje para volverse á sus compañías; y despues de habernos saludado, les supliqué se quedasen aquella noche á cenar conmigo; en cuyo convite me contaron su larga prision y el modo que tuvieron para librarse y llegar á gozar de la amada libertad. Quedamos aquella noche de concierto de hacer camarada, supuesto que todos éramos de una nacion y hacíamos un mismo viaje. Estuve treinta dias en esta villa, gastando lo que tenia, y sin tener socorros, como en las demás partes donde había estado. Asistíales á mis camaradas don Diego de la Torre, secretario que había sido de Estado y

Guerra en los estados de Flándes. Al cabo de este tiempo hallamos un bajel hamburgués que iba á Holanda, con el cual concertamos nuestra embarcacion por muy poco dinero, y del remanente que á mí me había quedado compré siete mil limones, con intencion de venderlos donde llegase á tomar puerto, y cuatrodoblar el caudal; pero hice la cuenta sin la huésped. Hicimos una buena provision, así de comida como de bebida, la cual juntamente con los limones llevamos al dicho bajel, y echando la bendicion á la tierra, tomamos quieta y pacífica posesion de él.

CAPITULO XIII.

En que prosigue el viaje que hizo á Flándes, los naufragios que le sucedieron en el camino, y los palos que le dieron en Inglaterra, la llegada á Brusélas y la despedida para Nápoles.

Salimos de aquel puerto con favorable viento y con esperanza de tener feliz viaje; y el primer dia, por tener conciencia y amistad con el patron y marineros, donde fueron tantos los brindis, que si con cada uno camináramos un cuarto de legua, llegáramos aquella noche á Dunquerque, dimos todos tres camaradas valientes muestras, mientras duró la bonanza, de alentados, fuertes y briosos; pero al cabo de dos dias nos sobrevino tan fuerte borrasca, que deshicimos la pompa, y hechos unas madejas, nos tendíamos como atunes. Tardamos veinte y cinco dias en solo tomar la canal, habiendo desde San Sebastian á la boca de ella no mas de ochocientas leguas. En esta canal, y no de tejado, tras de todos nuestros infortunios y trabajos, nos faltaron los bastimentos, así á nosotros como á los marineros. Aquí fué donde de todo punto aborrecí el agua, y donde acabé de confirmar por insensatos á los hombres que pueden caminar por tierra, comiendo cuanto quieren y bebiendo cuando gustan, y se ponen á la inclemencia de los vientos, al rigor de las ondas, á la fiereza de los piratas, y finalmente, ponen sus vidas en la confianza de una débil tabla, sin considerar el peligro de un escollo, el riesgo de una sirte, y el daño de un bajío, el temor de un banco, el sobresalto de una playa, y la soberbia de una bestia fiera é indómita, y que le basta ser mujer para ser mudable y voltaria. Yendo la muerte á la puerta, y la hambre dentro de casa, animé á mis compañeros, y diciéndoles: De paja ó heno el vientre lleno, los bajé abajo, y dando en los limones como si estuvieran en conserva, cortáramos la cólera á todas horas, aunque teníamos bien poca, los cuales nos servían de principios y postres. Traíamos todo el dia las bocas agrias, las barrigas acedas, y los dientes afilados y de un palmo, y á la noche cerrábamos con una docena de toneles de vino, que llevaba el patron, con que quedábamos confortados. Y por irse pudriendo mis limones, los iba trocando con una gran cantidad que llevaban los marineros, y creciendo y multiplicando la mia.

Pero viéndonos el patron tan alegres y regocijados y estar todo el dia y la noche debajo de cubierta, sin lamentarnos de la hambre y sed como todos los demás lo hacian, y considerando que no éramos cuerpos santos

para pasarnos de milagro, bajé abajo, y haciendo visita general, nos descubrió la flor, y nos mandó subir arriba. Pero anduvo tan bizarro, considerando á lo que obliga la necesidad, que no se dió por entendido, ni nos hizo cargo de nada de lo que le faltaba; pero de allí adelante no nos dejó entrar debajo de cubierto, con que nos heláramos de frio y nos ahiláramos de hambre, soplando siempre un viento contrario para acabarnos de acomodar. Estando ya desahuciados de todo remedio dando bordos, llegamos una tarde á dar fondo en Valmur, uno de los mejores puertos de Inglaterra. Saltamos en tierra, y nos entramos en una taberna, y como si fuera noche de Carnestolendas ó se casara alguno de nosotros, toda la noche, ó la mayor parte de ella, se nos fué en satisfacer las muchas que habíamos pasado malas, sin haber á las últimas rociadas ninguno que se acordase de las tormentas ni de las calamidades pasadas. Venida la mañana, desembarcamos todos los limones, y los llevamos á vender á una villa que está á una legua de este puerto, y en una de las mas ricas posadas tomamos un aposento, y llevando con nosotros una gran partida de ellos, dejamos los demás encerrados. Fuímos á la plaza, adonde pasamos plaza de marchantes de agrio, y á medio dia nos regaláramos como mercaderes de dulce. Despachamos aquel dia todos los que sacamos al mercado, y volviendo á la noche á nuestro aposento, hallé que me habían hurtado mas de la mitad de los que había dejado; y como si estuviera en tierra del rey de España y tuviese á mi lado al duque de Amalfi, mi amo, que me defendiese, empecé á hundir la posada á voces y á llamar perros, ladrones, luteranos al huésped y á sus criados, á lo cual ninguno me respondia por no entenderme. Llegó el sargento á mí, y viéndome tan colérico y desbaratado, pues braveaba en tierra ajena y con nacion contraria á nuestra fe, me dijo que callase, porque había muchos en aquel reino que sabian hablar español, y que si alguno llegase á entender lo que les decia, que me matarian á palos; pero apenas fué dicho, cuando fué hecho, porque habiéndome oido un inglés españolado todos los nombres de las fiestas que les había dicho, dió cuenta á cuantos estaban en la posada, y tomando cada uno el palo que halló mas á mano, me dieron mas leñazos que limones me habían hurtado. Y no contentos de haberme medido de arriba abajo infinidad de veces y de no dejarme hueso que me quisiese bieh, nos llevaron á todos tres á una jaula de hierro que estaba en mitad de la plaza, y encerrándonos en ella como á papagayos, nos dejaron á oscuras y al resistero del viento. Allí purgamos los buenos pastos que nos habíamos dado, y allí temimos, siendo en tierra, mas que todos los peligros que habíamos pasado en la mar. Estuvimos toda la noche haciendo consultas, y á la mañana amanecemos aprecidos, por ser cerca de Navidad, y transidos de sed y hambre. Llegáramos á ver cuantos pasaban por cerca de la jaula, y en lugar de preguntarnos: ¿Cómo estás, loro? Nos decian: Infames papistas y espiones y otros favores á este tenor. Acertó á pasar un caballero de

aquella villa, que su persona daba muestras de serlo, el cual nos saludó en latin, y yo tomando la taba y soltando la taravilla, sin darle lugar á que nos hiciese ninguna pregunta, le estuve latinizando mas de media hora, contándole nuestro viaje y causa de la peidencia, mollizna de palos y encerramiento de jaula; y humillándome ante él, le mostré todos mis papeles, y le supliqué que tuviese compasion de nosotros. El cual, enternecido de ver con la poca razon que nos tenian de aquella suerte, fué y habló á la justicia, y volviendo con un ministro de ella, nos hizo abrir la puerta, y sin decirnos os, nos salimos de la jaula y nos pusimos en la calle los tres pajarotes. Agradecimos al caballero la merced que nos había hecho, y vendiendo los limones que nos habían quedado en junto, salimos de la villa mas recios que jarras.

Llegamos á la marina, adonde hallamos el bajel con mucho espacio, y sus marineros con mucha flema, y dos fragatas de Dunquerque, que forzadas del mal temporal, habían llegado á dar fondo. Viendo que estaban medio de partida y que el dinero iba boqueando, nos determinamos de embarcarnos en ellas; y llegando á hablar á los que venian por cabos, me llevaron á mí á la una, y mis camaradas á la otra. Salió la mia dia de Navidad del año de 1643, y en corso contra holandeses, franceses y portugueses. Iban todos deseando hallar ocasion en que mostrar su esfuerzo y dar un filo á sus uñas, y yo rogando á Jesucristo que por su bendito nacimiento no tuviésemos fortuna de llegar á descubrir vela, aunque fuera de cera. Pero el segundo dia nos fué fuerza pelear con un bajel holandés, y despues de habernos peloteado mas de una hora, se fué á pique, salvándose la gente. Tomamos la derrota la vuelta de Bretaña, andando á caza de bajeles franceses, y en encontrándolos, poníamos bandera francesa; y de la misma suerte, en encontrando bajeles holandeses, poníamos bandera holandesa. Llegamos á la costa Bretona, donde cada dia andaba el diablo en Cantillana, y se había muy bien el cobre. Si el bajel que encontrábamos era fuerte, huíamos como galgos, y todos muy tristes, y yo reventando de alegría, y en siendo débil y de poca defensa, cerrábamos de tropa á caiga quien cayere. Y yo, por no dar alguna mala caída, me metía debajo de cubierto, y en estando pasada la borrasca, subía á saber si era presa de vino; y en siéndolo, peleaba yo solo mas que todos, pues mientras los marineros se chupaban media docena de potes, me chirriaba yo una. Anduvimos muchos dias, unas veces huyendo por reconocer ventaja, convertidos los mas valientes en temerosas liebres, y otras veces dando alcances, por ser nosotros mas fuertes, trasformado el mascobarde en invencible leon. Al fin, habiendo echado algunos bajeles á fondo, y cogido presas de importancia, nos volvimos la vuelta de Flándes, ayudados de un poniente favorable. Era una alegre fiesta de caramesal el vernos cuán bien lográbamos los ratos desocupados que teníamos, porque como el vino no nos había costado nada, bebíamos todos á discrecion; y el mal humor que yo gustaba, cuando llegáramos á embestir,